

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU  
OBISPO DE CANARIAS



**"NO NOS DEJEMOS ROBAR LA COMUNIDAD"**

**JESÚS Y SU EVANGELIO NOS REÚNEN**

**PRINCIPIO DE CURSO 2016 - 2017**

SEPTIEMBRE 2016



# "NO NOS DEJEMOS ROBAR LA COMUNIDAD"<sup>1</sup>

## JESÚS Y SU EVANGELIO NOS REÚNEN

### PRINCIPIO DE CURSO 2016 2017

Muy queridos Hermanos todos:

Un nuevo Curso Pastoral se abre ante nosotros. Año tras año vamos caminando y vamos caminando juntos, unas veces muy orientados hacia objetivos que apreciamos con claridad, otras entre desánimos e incertidumbres; unas con la alegría de ver que se mezclan las huellas de las pisadas porque son muchos los hermanos que utilizan los mismos caminos, otras perdidos en soledades en los que nos gustaría percibir un canto, una melodía, una presencia a nuestro lado.

El curso pasado iniciamos lo que podríamos llamar el aterrizaje diocesano en el programa del Papa Francisco según *La Alegría del Evangelio*. Partíamos con un Plan elaborado entre todos y aprendido en la escucha del Santo Padre: **CONFIGURAR LA IGLESIA DIOCESANA EN CONVERSIÓN PASTORAL Y SALIDA MISIONERA**. Para caminar juntos en esta dirección nos planteamos tres etapas, y el curso pasado tratamos de recorrer la primera: *Despertar y favorecer en toda la actividad pastoral de la Diócesis la experiencia personal de la fe*. Se trataba de facilitarnos y ayudarnos a conseguir o renovar el encuentro personal con Jesús, que llena de la alegría del Evangelio y da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva.<sup>2</sup>

---

1 EG 92

2 Cf. EG 8

En el desarrollo del curso vivimos una gracia especial de Padre Dios. Nos inspiró y nos ayudó a mantener el propósito de acompañarnos unos a otros con las reuniones arcepretales que mantuvimos durante todo el curso para hacer el seguimiento de los objetivos y la reflexión sobre las actividades que el Señor nos sugería llevar a cabo. Damos gracias a Dios por esos encuentros arcepretales y nos decidimos a seguir utilizando este recurso, que es gracia y don.

La etapa que nos ocupará este curso: *Priorizar y potenciar en todas las actividades pastorales la dimensión comunitaria de la fe*, nos lleva a considerar que somos Iglesia, Iglesia de Jesús. El enunciado del Plan General de Pastoral tiene un subtítulo dividido en tres expresiones, y para este curso nos detenemos en la segunda: **JESÚS Y SU EVANGELIO NOS REÚNEN.**

En seguida me viene a la mente, y les invito a repasarlo en el cuadernillo que les ofrecí el año pasado por estas fechas, la reflexión que hice sobre el esquema de los cuatro Evangelios como conjunto de etapas en la formación del cristiano. Si a *Jesús y su Evangelio nos cambian* respondía el Evangelio de Marcos, que invita al encuentro y acogida de Jesús como Hijo de Dios, a *Jesús y su Evangelio nos reúnen*, corresponde el Evangelio de Mateo, que nos lleva al encuentro y acogida de la Comunidad de Jesús, la Iglesia, como un gran regalo suyo. Providencialmente es este Evangelio de Mateo el que proclamaremos y acogeremos como comunidad cristiana en la liturgia dominical a lo largo del curso que empezaremos en unas semanas. Por eso creo importante que tengamos una visión general del Evangelio de Mateo que nos ayude a percibirlo como Evangelio eclesial. Quien se encuentra con Jesús y lo acepta como Hijo de Dios, descubre que es Él mismo quien le hace el gran regalo de no dejarlo como francotirador aislado, sino que lo integra en una hermosa familia: su Iglesia.

## MATEO Y SU EVANGELIO

Una buena clave para entender y acoger el Evangelio de Mateo es acudir a su final: Mateo 28, 16-20. Jesús, Señor Resucitado, reúne a sus discípulos en Galilea y los envía a la misión universal. Las palabras con las que se cierra el Evangelio presentan la realidad de nuestro momento como creyentes, o en verdad la realidad de cualquier momento histórico:

**convocados**, o lo que es lo mismo, hechos Iglesia<sup>3</sup>;  
**en Galilea**, donde se inició el anuncio del Reino por Jesús;  
**para salir al mundo** entero, obedientes al mandato del Señor;  
**a enseñar** todo lo que Jesús ha enseñado, haciendo discípulos;  
**bautizando** en nombre de la Trinidad, uniendo a ella  
**acompañados** permanentemente por su presencia.

Mateo, publicano o cobrador de impuestos, que recibió la llamada de Jesús para formar parte del grupo de los doce, es un cristiano de origen judío, buen conocedor de la Escritura, muy posiblemente creyente de una comunidad de Antioquía o su entorno, es decir, una comunidad judeocristiana de cultura griega, de las que -según el libro de los Hechos- hicieron la prueba de anunciar el Evangelio "también a los gentiles".

Este anuncio a los gentiles no supone, para el creyente Mateo, una ruptura con toda la historia de salvación que el Pueblo elegido por Dios ha vivido y ha expresado en las Escrituras. Lo que empezó con Jesús, y ahora Él, como Señor Resucitado, manda enseñar a todas las naciones, es la **plenitud** de lo que Padre Dios inició con la llamada a Abraham, que es el origen del pueblo, y el padre de la descendencia en la que "serán bendecidas todas las

---

3 La palabra Iglesia viene del griego Ekklesia, que literalmente significa lo que se produce cuando se da una misma llamada a varios sujetos, una *con-vocación*, es decir: una asamblea.

naciones". Por eso Mateo irá repitiendo constantemente que las palabras y los hechos de Jesús se dicen y suceden "*para que se cumplan las Escrituras*". La genealogía de Jesús se inicia -según Mateo- con Abraham, su nacimiento es en Belén de Judea, es adorado por unos humildes pastores, los pequeños del pueblo, los anawin. Pero también y enseguida por los sabios que llegan de Oriente. La Iglesia de Jesús está abierta a todos los pueblos, pero no inicia de cero; hunde sus raíces en el Pueblo de Dios que nació de Abraham, que fue conducido a través del desierto por Moisés, que escuchó la crítica y el consuelo de los profetas, que esperó ardientemente la llegada del Mesías. Jesús es el Mesías esperado, el cumplimiento de todas las profecías.

Lo que Jesús anuncia y enseña es el **Evangelio del Reino**, que Mateo llama Reino de los cielos para evitar -como hacen los judíos fieles- usar el nombre de Dios. Ese Reino tiene un programa y es posible verlo con los propios ojos. El programa es el Sermón de las Bienaventuranzas, pero esta enseñanza que se escucha es posible verla en Jesús: es Él el pobre, el limpio de corazón, el misericordioso, el que llora, el perseguido por la justicia.

Los estudiosos del Evangelio de Mateo nos indican que una de sus particularidades es la estructura en cinco discursos, que organizan la enseñanza del Reino que proclama Jesús:

1.- **El programa**: Sermón de las Bienaventuranzas (caps. 5-7): lectura de la Ley mosaica señalando su plenitud en la palabra del nuevo Moisés, Jesús.

2.- Las enseñanzas para el envío a **la misión** (cap. 10), limitado en sus destinatarios, las ovejas descarriadas de Israel, pero repitiendo la misión de Jesús mismo y con las mismas contrariedades. La universalidad del envío se producirá como fruto de la Muerte y Resurrección del Maestro y Señor.

3.- **Las parábolas** que explican el Reino (cap. 13), la semilla, humilde en su pequeñez, pero llena de fuerza en sí misma,

con frutos diferentes según la calidad del terreno, y con un futuro de convivencia con los frutos de otras semillas, la cizaña que contradice el Reino.

4.- **La comunidad y las pautas que regulan su vida.** Jesús convoca y funda la comunidad en Pedro (cap. 16), el más importante es el más pequeño, es central la acogida, el perdón y la misericordia, hay alegría cuando se sale y se encuentra a quienes se pierden, y se corrige fraternalmente a los que fallan (cap. 18).

5.- **El Reino** presente en semilla (cf. cap. 13) **se ha de ir manifestando** hasta el momento final de la historia (23-25): el Rey hablará a las ovejas y a las cabras, y se pondrá en evidencia qué es lo que realmente cuenta y lo decide todo: la misericordia con los necesitados, en los que está presente y sale al encuentro Jesús mismo.

Con estos ligeros trazos sobre el Evangelio de Mateo, que requerirían profundización con más amplitud, no resulta difícil comprender que este Evangelio es denominado **el Evangelio eclesial**. Es importante comprender la relación entre el Reino de Dios, tan central en el Evangelio de Mateo, y la Iglesia. Si en el Evangelio de Mateo el centro de la predicación de Jesús es el Reino de Dios, la Iglesia, como comunidad de Jesús en la tierra, será - como dice el Vaticano II- *el germen y el inicio de este Reino* (LG 5). No un instrumento para instaurar el Reino, como una herramienta, que cuando se alcanza el objetivo se aparta, sino la semilla en la que el Reino mismo está ya presente, el inicio del Reino que crece hasta su consumación en el Reino definitivo. De hecho el Evangelio de Mateo es el único en el que aparece la palabra *Iglesia*.<sup>4</sup> Una breve referencia que aparece en la parte final del anuncio evangélico de Mateo nos acerca a la expresión con la

---

4 A Pedro: *'sobre esta piedra edificaré mi Iglesia'* (Mat 16, 18); a los discípulos, sobre la corrección ante testigos: *'si no les hace caso, díselo a la Iglesia, y si no hace caso ni siquiera a la Iglesia...'* (Mat 18, 17).

que trabajamos en este curso pastoral. En el centro del último de los cinco discursos, Jesús lamenta la falta de acogida: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a quienes te han sido enviados, cuántas veces intenté reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, y no habéis querido*" (Mat 23, 37). Él mismo está resumiendo su intención, lo que ha pretendido llevar a efecto, e intentado una y otra vez: "*¡cuántas veces intenté reunir a tus hijos!*". Es nuestro objetivo para este curso.

*Eclesialidad* es nuestro tema fundamental para este año, pero ya venimos reflexionando, orando y tratando de cambiar con el tema de la *Misericordia*. En ambas cosas nos ayuda el Evangelio de San Mateo. El Papa Francisco lo pone en evidencia en unas palabras a los Obispos polacos en las fechas de la Jornada Mundial de la Juventud de Cracovia. Mons. Marek Jędraszewski, Obispo de Łódź, pregunta al Santo Padre: "En Polonia asistimos a una confrontación profunda, a una lucha enorme entre la fe en Dios, por un lado y, por el otro, un pensamiento y unos estilos de vida como si Dios no existiera. Según usted, Santo Padre, *¿qué actuaciones pastorales debería emprender la Iglesia católica en nuestro país para que el pueblo polaco permanezca fiel a su ya más que milenaria tradición cristiana?*" En la respuesta el Papa Francisco vincula el principio y el final de los discursos de Jesús en el Evangelio de Mateo. Papa Francisco: *¿Qué os aconsejaría yo? Me viene a la mente la cercanía. Hoy, nosotros siervos del Señor —obispos, sacerdotes, consagrados, laicos convencidos—, debemos ser cercanos al Pueblo de Dios. Sin cercanía hay solamente palabra sin carne. Pensemos en los dos pilares del Evangelio. ¿Cuáles son los dos pilares del Evangelio? Las Bienaventuranzas, Mateo 5, y también Mateo 25, el «protocolo» con el cual todos nosotros seremos juzgados. Concreción. Cercanía. Tocar. Las obras de misericordia, bien sean corporales o espirituales. Es el Evangelio. El Evangelio, obras de*



*misericordia. Está aquel herético, o ateo samaritano que se conmueve y hace lo que debe hacer, incluso arriesgando su dinero. Tocar. Está Jesús que estaba siempre con la gente, allí, con los discípulos. Cercanía. Tocar. Es la vida de Jesús.* <sup>5</sup>

Este año necesitamos y pretendemos descubrir la Iglesia como el gran regalo de Jesús, con su programa y sus pautas de comunidad, con su organización y su misión.

A veces nos preguntamos: ¿qué Iglesia queremos construir? ¿cómo queremos configurarla? Estas cuestiones no son exactamente correctas. Es cierto que estamos construyendo la Iglesia todos los días, pero la Iglesia no es la obra de nuestras manos, nos la regala el Señor Jesús para que la configuremos como Él quiere para que sea realmente suya. Necesitamos profundizar en sus palabras para comprender qué quiere Jesús que hagamos.

La Iglesia de Jesús es un misterio. Esto no quiere decir sin más que es algo que no entendemos ni podemos entender, sino que es algo muy grande, que nos supera, y que solo entendemos si la miramos con los ojos de Jesús. Y para estas miradas con profundidad el apóstol Juan es una ayuda preciosa.

## **EL MISTERIO DE NUESTRA IGLESIA.**

Podemos acercarnos al Misterio de la Iglesia guiados por Juan, uno de los primeros testigos de Jesús. El dio al Maestro un nombre llamativo: LA PALABRA, y presentó su obra salvadora como el gran anuncio de la gracia y la verdad que el hombre y el mundo necesitan. Si tomamos el principio de la Primera Carta del

---

5 Cracovia, Encuentro con los Obispos polacos, 27 de Junio de 2016

discípulo amado (I Juan 1, 1-4), y lo reducimos a sus líneas fundamentales, nos queda este sencillo esquema:

- Lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que hemos tocado con nuestras manos: la Palabra de la Vida
- os lo anunciamos
- para que estéis en comunión con nosotros.
- Y esa comunión nuestra la tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

**1.- LO QUE HEMOS OÍDO, LO QUE HEMOS VISTO, LO QUE HEMOS TOCADO CON NUESTRAS MANOS: LA PALABRA DE LA VIDA.**

Hablar de vida cristiana es ante todo hablar de acogida y seguimiento del Señor Jesús. Juan lo expresa con unas palabras muy directas: 'oír', 'ver', 'tocar con las propias manos'. Juan no nos dejó solamente afirmaciones sobre Jesús, sino que nos transmitió una experiencia, una vivencia: la vivencia de la acogida de la Palabra, que como Luz, como Vida, se ha hecho Carne.

Hay muchas 'palabras' en la historia de los hombres: unas que aportan pequeños o grandes mensajes de luz para caminar con sentido por la vida, y otras que sólo siembran sombra, desesperación y sin-sentido. Unas que dan vida al hombre sediento, y otras que sólo traen muerte y destrucción. Unas que se hacen carne de cercanía y compromiso, y otras que se quedan en bonitos castillos de discursos para llenar las bibliotecas o los archivos de los parlamentos humanos. Juan llamó a Jesús LA PALABRA, así, con todas mayúsculas y con artículo determinado. Y el testigo, el que 'oyó', 'vio' y 'tocó', nos da su testimonio: esa PALABRA es LA LUZ, es LA VIDA, se ha hecho CARNE. Jesús, la Gracia y la Verdad que el mundo necesita, es el Evangelizador y es el Evangelio en persona, la Buena Noticia.

Pero Juan no habla en singular, no es un testigo aislado, que habla sólo desde la experiencia personal. Habla desde un '*nosotros*' que ha sido convocado por la misma Palabra. 'Hemos' oído, 'hemos' visto, 'hemos' tocado con 'nuestras' manos. De la experiencia de fe de Juan, y de su testimonio creyente, forma parte esencial la memoria de la llamada de la Palabra. Juan recuerda hasta la hora concreta en que se produjo la llamada fundamental de su vida: las cuatro de la tarde (Juan 1, 39). Pero desde el primer momento sabe que Andrés, y Simón, y Felipe, y los demás hermanos, han sido llamados con él y como él por la misma Palabra, han sido hechos un '*nosotros*' porque han respondido a la misma voz. Si su acogida y seguimiento del Señor Jesús es respuesta a su llamada (vocación), esa llamada fue anuncio de asamblea, con-vocación de testigos. Los entendidos en lenguas nos explican que el término 'Iglesia' (en griego, *ekklesia*) significa precisamente eso: con-vocación, asamblea que resulta de la respuesta a la llamada común.

## **2.- OS LO ANUNCIAMOS.**

Lo que le ocurrió a Juan y a los primeros discípulos sigue realizándose una y otra vez a lo largo de la historia, de la tuya y de la mía. Si hoy tú y yo somos creyentes, y somos creyentes en Iglesia, es porque antes que nosotros, desde los primeros testigos, se ha ido transmitiendo el Evangelio. En tu caso y en el mío ese '*nosotros*' que nos anunció la Palabra, habrá sido desde los padres que nos enseñaron el primer signo creyente, la cruz, guiando nuestros dedos de niño, hasta el Obispo que nos habrá dirigido una homilía, o una Carta Pastoral, o que habrá tomado éstas u otras medidas para el mejor anuncio de la Catequesis; habrá sido aquel profesor que nos enseñó geografía o música desde un testimonio cristiano, o el catequista que nos enseñó a acudir al Evangelio para beber la Palabra de Vida; habrá sido el Monitor de Cursillo Prematrimonial que te mostró el sentido cristiano de la unión

familiar, o el obrero cristiano que, con su ejemplo, nos enseñó el valor de la solidaridad. Y un largo etcétera de eslabones, conocidos o anónimos, unidos en la tarea de comunicar el Evangelio. Un 'nosotros'.

Si nacimos y crecimos en el 'nosotros' de la Iglesia por el Evangelio, el sentido y la misión de esa Iglesia, de esa 'convocación' que formamos, será seguir anunciando el Evangelio. De este modo otros brazos y otros pasos podrán caminar unidos en el 'nosotros' que la Palabra sigue congregando cada día. Así Cristo, la Palabra, puede ser 'oída' y 'vista' y 'tocada' en cada momento de la historia gracias a la Iglesia. Lo dijo preciosamente Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*: "Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (EN 14).

### **3.- PARA QUE ESTÉIS EN COMUNIÓN CON NOSOTROS.**

Dios creó al hombre para formar una sola gran familia extendida por todo el mundo. El pecado del hombre rompió en pedazos la armonía, desgarró los lazos más sagrados: el amor (Adán - Eva), la fraternidad (Abel - Caín), la solidaridad (Babel). Pero Dios eligió a un arameo errante, Abraham, para formarse un pueblo nuevo, para que en su descendencia fueran bendecidas todas las naciones de la tierra. Y la descendencia prometida y anunciada, que había de formar un solo pueblo, se manifestó como Palabra y se hizo Carne. Ni el pecado ni la muerte, fruto del pecado, pudieron vencerle. Resucitó. Y el anuncio de Cristo Resucitado se hizo gracia y tarea de convocación, se hizo 'nosotros' en Iglesia.

Si la Palabra que convoca nos hizo Iglesia, aquel primer 'nosotros' no deja de agrandarse para que la comunión se extienda, para que la humanidad sea una sola familia de hermanos.

En la Iglesia, el ser y la misión se confunden. El grupo de discípulos reunidos en torno al Resucitado, la primera Iglesia, es una comunión de vida y verdad que anuncia lo que ha visto y oído 'para que estéis en comunión con nosotros'. Constituida en comunión de verdad y de vida, está en el mundo para crear comunión de verdad y de vida. San Lucas nos deja en su libro sobre Hechos de Apóstoles un retrato de esta realidad: "*Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de la Palabra, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones... Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común... Y día tras día el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando*" (Hechos 2, 42-47).

#### **4.- Y ESA COMUNIÓN NUESTRA LA TENEMOS CON EL PADRE, Y CON SU HIJO JESUCRISTO.**

De la experiencia al Misterio. Así podríamos calificar el significado de estas palabras de Juan. Esta comunión nuestra, llena a veces de comprensión y de compromiso, pero en la que no faltan las flaquezas y los desequilibrios, este 'nosotros' que podemos ver y tocar, es nada más y nada menos que Comunión con el Padre y con su Hijo. No podría ser de otro modo. Es el Padre quien sigue realizando su proyecto y atrayéndonos y congregándonos en su Comunión de Vida, la Vida de la Trinidad misma. Todos los proyectos humanos de reconstrucción de la armonía perdida, todos los mensajes terrenales de fraternidad se manifiestan impotentes. Es la Comunión en la Vida divina lo que fundamenta y posibilita, más allá de toda esperanza humana, la comunión entre los hombres.

Unión con Dios y unidad de la gran familia humana se dan la mano en el corazón del Padre. Su Proyecto de Salvación (Misterio lo llamaban los griegos, y Sacramento los latinos), sigue adelante por la Iglesia de Jesús, animada y conducida

continuamente por su Espíritu. Así lo expresa el Concilio Vaticano II en las primeras líneas de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia: "*La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*" (LG 1).

## **NUESTRA IGLESIA DIOCESANA.**

Esta Iglesia de la que venimos hablando como Misterio de Comunión para la Misión Evangelizadora es al mismo tiempo universal y particular. La vivimos y la amamos con la conciencia católica de estar extendidos por todo el mundo, y en el caminar diario con los hermanos cercanos que el Señor nos regaló. Las dos dimensiones, la universal y la particular, son necesarias y las dos dimensiones están implicadas entre sí. "*La Iglesia universal -nos enseña Pablo VI- se encarna de hecho en las Iglesias particulares, constituidas de tal o cual porción de humanidad concreta, que hablan tal lengua, son tributarias de una herencia cultural, de una visión del mundo, de un pasado histórico, de un substrato humano determinado... En el pensamiento del Señor es la Iglesia, universal por vocación y por misión, la que, echando sus raíces en la variedad de terrenos culturales, sociales, humanos, toma en cada parte del mundo aspectos, expresiones externas diversas*" (*Evangelii Nuntiandi* 62).

La primera Iglesia, reunida en torno a Jesús Resucitado, la forman Pedro, los demás Apóstoles y los hermanos que con ellos se congregan y con ellos salen a extender el Evangelio por los caminos del mundo entero. De modo semejante hoy, también en torno a Jesús Resucitado, el Sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, y los Sucesores de los Apóstoles, los Obispos, con los que con ellos se congregan en cada lugar de la tierra y con ellos extienden el Evangelio del Reino, formamos la Iglesia única y unida, universal y

particular, rica por la diversidad de razas, pueblos y lenguas. Tanto al principio como en el momento presente y en cualquier momento, se unen la gracia de la diversidad y el don de la unidad; en ambos casos, la necesidad de anunciar el mismo y único Evangelio, el mismo y único Señor, con las formas concretas de cada lugar.

Un problema vivamente sentido en nuestra cultura actual es el de la armonía entre los regionalismos y las formas de unidad nacional, continental o mundial. Hoy tenemos una gran sensibilidad para todo lo que significa particularidad lingüística, autonomía regional, etc., y por otra parte no nos cansamos de construir proyectos de unificación en Europa y en el mundo. No es nada fácil caminar con esperanza en busca de la unidad perdida. O nos encerramos en la estrechez de nuestro propio grupo, o nos extraviarnos en un mar inmenso en el que no hay colores concretos ni caras conocidas y cercanas. Amar la Iglesia, vivir la Iglesia, construir la Iglesia, significa respirar al mismo tiempo con los pulmones de la universalidad y de la diocesaneidad.

### **LA PARROQUIA, EL ARCIPRESTAZGO, LAS COORDINADORAS.**

Si hablar de Diócesis y de Iglesia Universal es unir diversidad y unidad, hablar de la Parroquia es tratar de inmediatez, de cercanía; y hablar de Arciprestazgo es tratar de coordinación, de trabajo conjunto entre próximos.

La Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* de Juan Pablo II -un verdadero tratado de Ecclesiólogía conciliar especial para Laicos- subraya los valores esenciales de esta realidad de la Parroquia. "*La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las*

*casas de sus hijos y de sus hijas... la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, ser la fuente de la aldea, a la que todos acuden para calmar su sed (CHL 26 y 27).*

También el Papa Francisco, en la Exhortación que constituye su programa, y que estamos tomando como referencia, alaba y anima la realidad parroquial. *"La parroquia -dice- no es una estructura caduca... Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. Esta integración evitará que se queden sólo con una parte del Evangelio y de la Iglesia, o que se conviertan en nómadas sin raíces (EG 28-29).*

Si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, **cercana** y profundamente injertada en la vida diaria de todos, el Arciprestazgo, como agregación de Parroquias



cercanas entre sí, es la unidad básica de **coordinación** de la acción pastoral, el ámbito normal y primero donde se facilita la tarea pastoral mediante una **actividad común** (Directorio del Arciprestazgo de la Diócesis de Canarias, 2007, 1)

## **CÓMO REALIZA SU MISIÓN LA IGLESIA, SEA UNIVERSAL, DIOCESANA, PARROQUIAL, ARCIPRESTAL...**

Volvemos al principio: La Palabra, Cristo. Nacimos como cristianos cuando la acogimos. Vivimos como cristianos cuando esa Palabra, el Señor Jesús, se hace Luz nuestra y Vida nuestra, cuando se hace Carne de compromiso, servicio y solidaridad. La Comunidad de los creyentes, la Iglesia, nace cuando acoge la Palabra. Necesita vivir volviendo constantemente a esa Palabra, no olvidar el primer encuentro con Jesús que la hace nacer. También la Iglesia necesita ser evangelizada, beber día tras día de la Luz del Evangelio para ser más transparente, más llena de Vida, más presente haciéndose Carne en la realidad de los caminos de los hombres.

Y la Iglesia necesita responder de esa Palabra, entregarla a la humanidad. Lo ha hecho a lo largo de los siglos y continúa haciéndolo hoy:

- **la entrega como LUZ**, anunciando a Cristo a los que no le conocen, iniciando en la Catequesis a los que acogen a Cristo, aplicando su mensaje a la vida de cada día en la homilía, en los escritos de los Obispos o del Papa, en los consejos de despacho o en las explicaciones de la clase de teología, en el testimonio de la vida diaria. A esto lo llamamos Ministerio Profético o Servicio de la Palabra.

- **la entrega como VIDA** en la Eucaristía, en los demás Sacramentos, en la celebración orante, en la entrega diaria. A esto lo llamamos Ministerio Sacerdotal o Liturgia.
- **la entrega como CARNE** en el estilo de vida de los cristianos y de la misma comunidad, en el servicio a los demás, en la solidaridad con los pobres y necesitados, en la transformación de las estructuras sociales, culturales, políticas de este mundo. A esto lo llamamos Ministerio Real o Pastoral, o simplemente Diakonía.

Esta Iglesia nuestra, Cuerpo y Comunidad, germen del Reino y voz de la Palabra, está construida como un Templo configurado por piedras ensambladas, organizadas, con estructura y diseño. Pero un Templo habitado y mantenido y vitalizado por el Espíritu. La estructura y la vida se necesitan mutuamente como en nuestro propio cuerpo, que necesita el sistema óseo que define la estructura y facilita los movimientos, y la carne y las vísceras que mantienen vivo el organismo en su conjunto. Si alguno de los dos elementos domina en exceso, el conjunto se queda inútil e inmóvil. Ni obesidad mórbida, ni artrosis

Por todo ello necesitamos revisar todos los instrumentos que facilitan la organización de la pastoral, y la comunión eclesial: Consejos y Coordinadoras, Procesos y Regulaciones. En estos momentos en los que sentimos la escasez de vocaciones en todos los ámbitos: vida sacerdotal, vida consagrada, vida seglar comprometida, necesitamos intensificar la espiritualidad de comunión, el gusto por lo común, el gusto espiritual de ser pueblo (cfr. EG 268-274), el crecimiento en disponibilidad y en el trabajo en equipo.

*Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA COMUNIDAD! (EG 92).*

\* \* \* \* \*

Después de terminar de escribir lo que quería presentarles como introducción al Curso Pastoral que iniciamos, me vino la idea de invitarles a repasar la Homilía que hice hace pocos días en las Fiestas de las Patronas; creo que aporta una reflexión en línea con el lema de este año. Y en seguida me pregunté: ¿por qué no facilitar las cosas e incluir en esta cartilla pastoral la mayor parte del texto de la Homilía?

## **DE LA HOMILÍA LEÍDA EN LA BASÍLICA DEL PINO 8 DE SEPTIEMBRE**

Estamos atendiendo la propuesta del Santo Padre Francisco en un doble sentido: en su propuesta general, que se concreta en el Plan de Pastoral: *configurar la Iglesia Diocesana en Conversión Pastoral y en Salida Misionera*, y que se aterriza en este curso en el lema y el objetivo: *Jesús y su Evangelio nos reúnen*; y, además, en la celebración del Año Jubilar de la Misericordia. Jesús y su Evangelio nos reúnen, y por eso este curso queremos volver a descubrir y fortalecer nuestra conciencia de que somos Iglesia, y, convocados por María en este templo, que somos Iglesia Madre, e Iglesia Madre de Misericordia. Nuestra Madre y Patrona, a la que acudimos juntos en esta Basílica del Pino, nos muestra en las bodas de Caná lo que debemos acentuar y aprender a valorar con mayor interés este curso.

María de Caná nos enseña, nos motiva y nos consuela en la “hora” de las dificultades. En el Evangelio de San Juan, María aparece solo en dos ocasiones: en las bodas de Caná y en el Calvario. Ambos momentos tienen una semejanza que refleja la intención del Evangelista. En ambos se trata de la Hora de Jesús, que será la hora de entregar su vida por amor nuestro; en ambos Jesús llama a María ‘Mujer’, para indicar que ella es la primera Mujer del mundo nuevo que nace con esa entrega de la vida de su Hijo; en ambos están presentes los discípulos, beneficiados del momento: en Caná creció la fe de los discípulos en Jesús, que transformó el agua en vino; y en el Calvario, Jesús anuncia a María una nueva maternidad, y Juan y en él todos nosotros, recibimos de labios de Jesús a María como Madre. María es la Madre de Jesús, pero es, además, figura y modelo de la Iglesia Madre. Es esto lo que tenemos hoy que aprender de ella, y, por su intercesión, llegar a serlo en realidad: ser Iglesia, ser Madre tierna y solícita, y ser Madre de Misericordia.

Las palabras de Jesús a su Madre y a Juan son *una fórmula de revelación*, dice el Papa Francisco, que comenta así el nuevo anuncio de Maternidad en el Calvario: *Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que falte a su Iglesia el icono femenino. Ella, que lo engendró con tanta fe, también acompaña «al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,17) (EG 285).*

### **DE LA MANO DE MARÍA, FIGURA Y MODELO DE LA IGLESIA, SOMOS IGLESIA.**

Que formamos Iglesia, que somos Iglesia por el Bautismo y en la fuerza del Espíritu Santo parece una obviedad, un dato

archisabido; pero permanentemente necesitamos reavivar la conciencia de que lo somos. Nuestras comunidades también participan de las lagunas de nuestra sociedad presente: individualismo, personalismo, búsqueda de lo original con menos gusto por lo común. Nosotros mismos censuramos el parroquialismo y el grupismo como obstáculos para la anhelada evangelización.

Nos hace falta en lo más íntimo del corazón una espiritualidad de comunión, una fuerte conciencia de comunidad, y en la práctica exterior una potenciación constante de las estructuras de comunión, que hacen vivir a la Iglesia como familia y como instrumento de unidad y signo y germen de unión en la sociedad. La existencia y el normal funcionamiento de los Consejos Pastorales en todos los niveles y las Coordinadoras no están precisamente en su mejor momento.

El Papa Francisco nos anima a saborear lo que él llama *el gusto espiritual de ser pueblo... Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior* (EG 268). *Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad* (EG 272).

### **DE LA MANO DE MARÍA, MADRE ATENTA Y SOLÍCITA, SOMOS IGLESIA CON CORAZÓN DE MADRE**

Las palabras que María dirige a Jesús en Caná ponen de manifiesto su corazón maternal, que descubre las carencias que pueden mandar al traste lo que se está celebrando. Nadie de entre los responsables de la organización de los festejos de boda ha percibido que se ha acabado el vino. La boda está a punto de decaer

en una fiesta fracasada. Si miramos este momento también como lugar de revelación, las bodas de Caná se nos convierten en una parábola de la marcha de la Humanidad, y María como quien señala las carencias de los esfuerzos humanos para conseguir la felicidad, la alegría que todos buscamos, como Iglesia y como sociedad. Y señalando la carencia: *no tienen vino*, hace la propuesta de la solución: *Haced lo que mi Hijo os diga*.

Nuestra Iglesia Diocesana, nuestras comunidades parroquiales, de consagrados o nuestros grupos de seglares debemos ver en María de Caná una propuesta iluminadora para la tarea de este curso. Descubrirnos como Iglesia con corazón de Madre, atenta a lo que está pasando, sabiendo leer en las dificultades y en los sufrimientos de nuestros hermanos, sin encerrarnos en nuestros templos y salones para continuar cuidando a los que no se han ido.

Y no basta con que sepamos advertir lo que falta a los hombres de hoy, sino que debemos empezar por reconocer lo que nos falta a nosotros mismos, lo que quizás hemos perdido en poca o mucha medida. No podemos señalar a la sociedad para decir que le falta Dios para ser feliz, sin preguntarnos por lo que nos falta de experiencia del Dios vivo y de gusto por el Evangelio, a nosotros, los que nos llamamos y nos vemos como creyentes.

Y con María podemos aprender a descubrir que nos faltan los jóvenes; a veces decimos que se marcharon de la Iglesia, cuando en realidad en los últimos años pocos estuvieron realmente en ella. Nos faltan los pobres; es cierto que se acercan a nuestros despachos de Cáritas y encuentran solución a algunos de sus problemas, pero ¿son realmente de nuestra familia? ¿forman parte de nuestras asambleas? ¿les llega una palabra sobre Jesús? Nos faltan tantos hermanos como estaban antes con nosotros y se marcharon, aburridos, cansados de mediocridad o heridos por el

antitestimonio. Nos faltan familias y la alegría de sus niños, nos faltan las parejas heridas en la experiencia del amor, que a veces hemos visto como proscritas o incluso excomulgadas. Nos faltan vocaciones: al sacerdocio, a la vida consagrada, a la entrega comprometida en catequesis, en Cáritas, en liturgia, etc.

**DE LA MANO DE MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA,  
SOMOS IGLESIA MADRE QUE PERDONA, IGLESIA MADRE DE  
MISERICORDIA.**

En Caná, María, la Mujer, recibió el anuncio de que todavía no había llegado “la hora” de su Hijo. En el Calvario, en la Cruz, llegó la “hora”, la de pasar de este mundo al Padre, la de amar hasta el extremo. Y María, la Mujer, estuvo presente, testigo del amor misericordioso de su Hijo hasta el extremo. Y escuchó y acogió en su corazón las palabras del Hombre nuevo, el Hijo auténtico: *¡Padre! Perdónalos, no saben lo que hacen.* Y al ladrón ajusticiado con él: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y, como encargo, la Maternidad nueva, la del perdón y la misericordia: *Aquí tienes a tu hijo.* Juan en el Calvario, tampoco tiene nombre propio, es el discípulo al que Jesús ama, eres tú y yo, discípulos amados de Jesús. Y María, la Mujer, cumplió el encargo. La vemos en el centro de la primera comunidad acogiendo y perdonando a los discípulos, a los que no comprendieron a su Hijo, a los que lo abandonaron, a los que lo negaron.

La Maternidad nueva de María, su acogida, su perdón y su misericordia, son también un modelo para nuestra Iglesia Diocesana. *Jesús* -nos advierte el Papa Francisco con sus palabras y con sus gestos- *quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la*

*existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura* (EG 270).

La Iglesia Diocesana quiere mirar la sociedad y la misma Iglesia con los *ojos misericordiosos* de la Virgen que invocamos en la Salve. Quiere ser comunidad de perdón, de acogida, de cercanía, de sanación de heridas, comunidad que trata con misericordia porque hemos visto en Jesús el rostro de la misericordia de Padre Dios, que nos trata con misericordia a nosotros. El Papa Francisco expresó un deseo, que queremos cumplir: *como un recuerdo, -dijo- como un “monumento” de este Año de la Misericordia... sería hermoso que cada diócesis pensara: ¿Qué podemos dejar como recuerdo vivo, como obra de misericordia viva, como llaga de Jesús vivo en este Año de la Misericordia?* (Vigilia de Oración, 2 de Abril de 2016). La propuesta en la que estamos trabajando es que podríamos entrar en alguno de los proyectos existentes que, en el contexto de la defensa de la vida, prestan atención y acompañamiento a las mujeres y a las familias en las que se da embarazo no deseado, o problemático, o de riesgo. Trabajemos para que la Iglesia Diocesana sea Madre de Vida, Madre de Misericordia.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo.